

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

HEBREOS

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

HEBREOS



editorial clie

Samuel Pérez Millos, M.Th.

EDITORIAL CLIE

CLIE, E.R. n.º 2.910-SE/A

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: libros@clie.es

Internet: <http://www.clie.es>

**COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO
HEBREOS**

Copyright © 2009 Samuel Pérez Millos

Copyright © 2009 Editorial CLIE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8267-556-5

ISBN obra completa: 978-84-8267-547-3

Printed in U.S.A.

Clasifíquese:

266-HERMENEUTICA

Comentarios del NT-Hebreos

CTC: 01-02-0266-16

Referencia: 224712

DEDICATORIA:

En memoria de mi profesor más directo el Dr. Francisco Lacueva, a quien el Señor utilizó para orientar mi pensamiento y posicionamiento teológico, despertando en mí un profundo respeto por la Escritura y un marcado interés por la exégesis bíblica y el estudio del griego bíblico como instrumento indispensable en la tarea interpretativa del Nuevo Testamento. Agradezco al Señor la provisión de un maestro como él. En gratitud por todo lo que ha supuesto en mi formación bíblico-teológica, dedico este escrito.

ÍNDICE

Prólogo.	11
Capítulo I	
La Persona Divina del Hijo.	
Introducción general.	15
Canonicidad.	16
Autor.	18
Destinatarios.	25
Razones del escrito.	27
Fecha y lugar de composición.	28
Tema.	29
Relación de la Epístola con el Antiguo y Nuevo Testamento	29
Relación de la Epístola con la Teología Bíblica.	30
Teología propia.	30
Neumatología.	31
Cristología.	31
Soteriología.	32
Eclesiología.	32
Escatología.	32
Texto griego.	32
Bosquejo.	37
Exégesis de la Epístola.	39
La supremacía de la Persona de Cristo (1:1-4:16).	40
Cristo supremo sobre los profetas (1:1-4).	40
Cristo supremo sobre los ángeles (1:5-2:18).	61
Como Persona Divina (1:5-14).	62
Capítulo II	
Advertencia y bendición.	
Introducción.	91
Como dador del mensaje de salvación (2:1-4).	92
Como realizador de la verdadera libertad (2:5-18).	107
Capítulo III.	
Supremacía de Cristo y responsabilidad cristiana.	
Introducción.	151
Cristo supremo sobre Moisés (3:1-6).	152
Cristo supremo como objeto de fe (3:7-4:16).	171
Advertencia sobre la incredulidad (3:7-19).	171

Capítulo IV.**Consecuencias de la incredulidad.**

Introducción.	205
Consecuencias de la incredulidad (4:1-10).	206
Recursos contra la incredulidad (4:11-16).	234

Capítulo V.**Jesús, el Sumo Sacerdote.**

Introducción.	257
Supremacía del sacerdocio de Cristo (5:1-10:39).	258
Supremo por su condición (5:1-10).	258
Constituido como Sumo Sacerdote (5:1-6).	258
Probado como Sumo Sacerdote (5:7-10).	273
Advertencia solemne (5:11-6:20).	297
Situación espiritual (5:11-14).	297

Capítulo VI.**Advertencia y confianza.**

Introducción.	307
Necesidad de crecimiento (6:1-3).	308
La seguridad y la disciplina del salvo (6:4-8).	318
La evidencia y la bendición del salvo (6:9-12).	334
Ejemplo y certeza (6:13-20).	342

Capítulo VII.**Supremacía sacerdotal de Cristo.**

Introducción.	357
Supremacía de Cristo en su sacerdocio (7:1-8:13).	358
La figura del Melquisedec (7:1-3).	358
La preeminencia de Melquisedec (7:4-10).	365
La necesidad de un cambio en el sacerdocio (7:11-19).	374
La perpetuidad del sacerdocio de Cristo (7:20-28).	388

Capítulo VIII.**El Nuevo Pacto.**

Introducción.	409
Sacerdocio y santuario (8:1-5).	410
Esbozo del Nuevo Pacto (8:6-13).	420

Capítulo IX.**El supremo sacerdocio.**

Introducción.	443
---------------	-----

La supremacía de Cristo en su ministerio sacerdotal (9:1-10:18).	444
El sacerdocio terrenal (9:1-10).	444
El santuario (9:1-5).	444
El ministerio sacerdotal (9:6-10).	458
El sacerdocio de Cristo (9:11-14).	473
El Mediador del Nuevo Pacto (9:15-18).	487
La purificación por el sacrificio perfecto de Cristo (9:19-28).	495
Capítulo X.	
Sacerdocio y pecado voluntario.	
Introducción.	517
La imperfección de los sacrificios legales (10:1-4).	518
La perfección del sacrificio de Cristo (10:5-18).	526
La preparación del sacrificio perfecto (10:5-10).	526
La realidad en Cristo del sacrificio perfecto (10:11-18).	540
Advertencia solemne (10:19-39).	554
La exhortación (10:19-25).	554
El pecado voluntario (10:26-31).	572
El aliento (10:32-39).	590
Capítulo XI.	
La fe, el estilo de vida.	
Introducción.	609
La supremacía de la vida en Cristo (11:1-13:19).	610
La superioridad de la vida de fe (11:1-40).	610
La especificación de la fe (11:1-3).	610
Los ejemplos de la fe (11:4-38).	620
Abel (11:4).	620
Enoc (11:5-6).	623
Noé (11:7).	628
Abraham (11:8-19).	633
Isaac (11:20).	655
Jacob (11:21).	656
José (11:22).	658
Moisés (11:23-29).	660
Josué y el pueblo (11:30).	675
Rahab (11:31).	679
Otros ejemplos de fe (11:32-38).	684
Una mejor provisión (11:39-40).	698

Capítulo XII.**Disciplina y vida de fe.**

Introducción.	703
La superioridad de la vida con Cristo (12:1-29).	704
La visión para la vida (12:1-2).	704
La disciplina para la vida (12:3-11).	715
La orientación para la vida (12:12-17).	738
El aliento para la vida (12:18-24).	757
La responsabilidad para la vida (12:25-29).	778

Capítulo XIII.**Testimonio, amor, servicio y esperanza.**

Introducción.	787
La superioridad de la vida en Cristo (13:1-19).	788
El ejemplo en la sociedad (13:1-6).	788
El ejemplo en la iglesia (13:7-19).	810
Compromiso y esperanza (13:7-14).	810
Ministerio sacerdotal (13:15-16).	832
Obediencia (13:17).	840
Intercesión (13:18-19).	844
Bendiciones finales (13:20-25).	847
Bendición (13:20-21).	847
Recomendaciones, saludo y despedida (13:22-25).	856

Bibliografía.

863

PRÓLOGO

Me complace escribir el prólogo a este comentario a los Hebreos por un doble motivo: el contenido en sí del libro y la relación personal que me une con el autor. En cuanto al contenido, el mensaje de esta epístola es de una actualidad sorprendente. Y alguien enseguida objetará: ¿cómo puedes decir esto de un texto repleto de alusiones a sacrificios de sangre, un lenguaje teológico e ilustraciones difíciles de entender? A la sociedad postmoderna le fascinan las historias personales con las que pueda identificarse, de ahí el éxito de las telenovelas, pero no una carta del Nuevo Testamento aparentemente complicada y con metáforas tomadas de un mundo totalmente diferente del nuestro.

¿Qué responderemos a esta objeción? Afirmamos que la carta a los Hebreos es de una relevancia extraordinaria para el hombre de hoy por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque su mensaje resalta de forma clara e inequívoca el carácter singular de Cristo como el único acceso a Dios. Efectivamente, la figura insustituible del sumo sacerdote Jesucristo como el único mediador entre Dios y los hombres, tema esencial del mensaje cristiano, alcanza su clímax expositivo en esta epístola. La obra salvífica de Cristo brilla en cada línea convirtiendo Hebreos en una de las joyas más cristocéntricas del Nuevo Testamento. El problema surge cuando el creyente intenta proclamar esta verdad. En esta sociedad neopagana cualquier pretensión de un único camino a Dios es rechazada como algo insoportable, un mal a erradicar. De ahí la dificultad creciente de muchos cristianos para vivir la práctica de su fe más allá del ámbito estrictamente privado. Sin embargo, ahí se alza el poderoso mensaje de Hebreos cual baluarte imponente de nuestra fe en medio de una sociedad sincretista donde cada uno se hace un dios a su medida.

La segunda razón de la relevancia de esta carta tiene que ver con las necesidades del hombre de hoy: la necesidad de sentirse amado, acompañado y comprendido en su dolor y sus miserias por un Dios personal y cercano. Es sorprendente ver cómo la cristología tiene unas formidables implicaciones evangelísticas. Hebreos nos presenta a Jesús no sólo como el único salvador- la vertiente más teológica de su obra-, sino también como el amigo y el Padre a quien podemos acercarnos *“confiadamente ...para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”* (He. 4:16). Jesucristo es la máxima expresión del Dios que sufre con nosotros: su muerte y su agonía en la cruz, su experiencia de primera mano con el dolor le convierten en la respuesta última al gran interrogante del sufrimiento humano *“porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado –probado- en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”* (He. 4:15). Cristo viene a llenar aquel *“vacío en forma de Dios”* que sólo Dios puede llenar.

Samuel Pérez Millos ha logrado presentarnos estas dos facetas descollantes de Hebreos amén de los muchos otros tesoros que la epístola encierra, con el talento que le es característico y que ya ha puesto de manifiesto en otros comentarios de la Biblia. Permítaseme esbozar las razones por las que esta obra me parece particularmente valiosa, no sólo para pastores y líderes, sino también para el creyente “de a pie”. El autor disecciona el texto con minuciosidad, pero sin ampulosidad, o –como diría- Montaigne- “*sin grasa innecesaria*”. Es un trabajo sólidamente documentado; en cada capítulo el lector percibirá una rigurosa tarea de investigación. Un ejemplo de ello lo tenemos en la amplia sección sobre la autoría de la carta.

Muy interesante es también el apartado denominado Notas y análisis del texto griego donde se analiza cada versículo a la luz de la lengua original; ello le proporciona al lector una riqueza de matices que le da un toque distintivo en relación a comentarios parecidos. En cuanto a la forma, su claridad expositiva lo convierte en una excelente herramienta homilética. En este sentido son de gran ayuda la introducción a cada capítulo y la división en secciones. Ahí fluye con naturalidad la vena pastoral de S. Pérez Millos; el autor nos demuestra cómo una exégesis detallada no está reñida con las aplicaciones prácticas para la vida de fe (véase, por ejemplo, el rico pasaje del capítulo 4:11-16). Este toque pastoral evita que la obra se convierta en un tratado erudito pero árido, desprovisto de vida. ¡Cuán necesaria es hoy esta combinación: cabeza de teólogo, pero corazón de pastor!

Finalmente, el autor no elude las cuestiones más difíciles de interpretar. Pero aún en estos puntos potencialmente conflictivos destacan su búsqueda de la ponderación y el equilibrio. En ello me recuerda a su maestro D. Francisco Lacueva, inolvidable para muchos de nosotros, para quien la firmeza de convicciones no estaba reñida con la “*palabra con gracia, sazonada con sal*” (Col. 4:6).

Mi satisfacción al escribir este prólogo viene completada y aumentada por un motivo personal. He disfrutado de la amistad con el autor durante bastantes años, relación que se intensificó a raíz de mi colaboración desde 1998 con el valioso ministerio de la Escuela Bíblica de Verano en Codeseda, así como en diversas oportunidades de colaboración con la iglesia local que pastorea en Vigo. Los lazos forjados con Samuel y con su esposa Esther a lo largo de estos años han dejado un poso de amor fraternal entrañable y de amistad sincera.

Samuel Pérez Millos ha escrito un comentario exhaustivo y profundo, pero a la vez práctico y útil para todo aquel que quiere profundizar en la maravillosa persona de Jesucristo. Quiero recomendar, por tanto, cálidamente esta obra como una valiosa aportación exegético-pastoral que viene a

enriquecer de forma significativa los comentarios disponibles sobre tan preciada epístola.

Pablo Martínez Vila
Mayo 2007

CAPÍTULO I

LA PERSONA DIVINA DEL HIJO

Introducción general.

La acción soberana de Dios, el Espíritu Santo, en la producción de la Biblia, se hace evidente de muchas maneras. Es notable apreciar su actividad en la confección de los escritos bíblicos, escogiendo al escritor humano que ejecutaría la tarea de la escritura, revelándole el mensaje a comunicar y custodiando el modo de escribirlo. En ocasiones se revela quién ha sido el instrumento humano para confeccionar el escrito. Otras, como ocurre con la *Epístola a los Hebreos*, se oculta celosamente. Las razones para estas diferentes maneras de actuar obedecen a la soberanía divina que así lo determina. Sin embargo, la simple lectura del contenido de esta epístola pone abiertamente de manifiesto que se trata de un escrito divinamente inspirado. El contenido doctrinal es profundo y el argumento corresponde a la consonancia absoluta de toda la Palabra de Dios. Por tanto, se hace evidente que Dios es el autor divino de la epístola.

Como todo escrito bíblico, por su dimensión y contenido, supera la capacidad de interpretación absoluta, es decir, nadie podrá decir todo cuanto Dios quiere decir en el escrito y darle su definitiva interpretación. Es más, los intérpretes, aun con la mejor buena voluntad y recta conciencia, se encuentra con dificultades en la interpretación del escrito. Hay preguntas que surgen inmediatamente en la lectura de la epístola, tales como a quien se refieren algunos párrafos de los capítulos 6 y 10. La posición del intérprete varía, lo que hace que se establezcan ciertas discrepancias entre exegetas. Sin embargo, salvadas dichas dificultades, el escrito es admirable y plenamente comprensible para quien se acerque a él con humildad, dispuesto a oír la voz de Dios que habla desde sus palabras. La Persona Divino-humana de Jesucristo, nuestro Señor, y su obra, son el núcleo central de la epístola, y el hilo conductor de su argumento. El profundo contraste entre la vida en la gracia, con su contenido pleno en la experiencia de la fe, y la vida bajo la Ley, es evidente. El escrito complementa la enseñanza de la justificación por la fe de Romanos y Gálatas, extendiéndose al modo de manifestar el nuevo modo de vida que corresponde al creyente. La vida en la fe es uno de los aspectos más notables del escrito. La *Epístola a los Hebreos*, resuelve de modo pleno la relación que existe entre *lo antiguo* y *lo nuevo*, mediante el paso de las figuras y los tipos, a la realidad. La superioridad de la actual dispensación sobre la antigua se pone de manifiesto mediante el contraste entre los grandes siervos de Dios del Antiguo Testamento y el Hijo de Dios, figura suprema y central del Nuevo Testamento, quien como Dios y Señor es superior a todos los hombres del antiguo sistema. Siguiendo el

mismo contraste, el orden material se transforma en un nuevo orden espiritual y permanente, como resultado y consecuencia de la obra de la Cruz y de la resurrección y ascensión del Salvador. Estas verdades son las que condicionan y dirigen el estudio de este admirable escrito.

Como en todos los escritos bíblicos deberá intentarse establecer primero los aspectos generales del mismo, entre los que está la determinación del autor, los destinatarios, la datación, el tema, el léxico, etc. Algunos de estos aspectos son ciertamente difíciles de precisar, como ocurre con los dos primeros. De igual manera es preciso establecer también el *Bosquejo de la Epístola*, como estructura armónica de los distintos temas del escrito que permita establecer un hilo conductor para llevar a cabo la exégesis armónica del mismo. Todos estos asuntos se abordan en la presente *Introducción General*.

Canonicidad.

No puede cuestionarse la inspiración de este escrito. Ya en el s IV se consideraba como libro canónico en la iglesia occidental. Un trabajo de alto valor en relación con el Canon del Nuevo Testamento, que incluye a *Hebreos*, procede de Eusebio de Cesarea, quien sobre el año 300 recibió instrucciones del emperador Constantino para que escribiese, por los medios que considerase oportuno, cincuenta copias de las Escrituras consideradas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Esas copias contenían los libros que Eusebio enumera como conocidos universalmente en la iglesia, entre los que estaba ya *Hebreos*. De la misma manera Atanasio, obispo de Alejandría, dedicó un escrito a hablar del Canon de la Escritura, en la que se lee:

“Tampoco debemos vacilar al nombrar los libros del Nuevo Testamento. Son los siguientes:

Los cuatro evangelios: Según Mateo, según Marcos, según Lucas y según Juan.

Después están los Hechos de los Apóstoles y las siete denominadas epístolas católicas de los apóstoles, tal como siguen: una de Santiago, dos de Pedro, tres de Juan y, por último, una de Judas.

Junto a éstas hay catorce epístolas del Apóstol Pablo que son las siguientes escritas en orden: Primero a los Romanos; después dos a los Corintios y después a los Gálatas y a los Efesios; después a los Filipenses, dos a los Tesalonicenses y la dirigida a los Hebreos. Después hay dos a Timoteo, una a Tito y la última a Filemón.

Por último, el Apocalipsis de Juan. Éstas son las ‘fuentes de la salvación’, de manera que el que tenga sed debe satisfacerla con los oráculos que hay en ellas. Solo en estos libros se encuentra la enseñanza de la verdadera

religión proclamada como buenas nuevas. Que nadie añada a estos o quite de ellos”¹

El Concilio de Laodicea, del año 363, refleja la influencia de Atanasio y en una relación de libros, después de enumerar los del Antiguo Testamento, hace referencia también en los del Nuevo, a las epístolas de Pablo, entre la que cita a *Hebreos*². Otra referencia a la carta está en los escritos de Rufino de Aquileya (345-410), que cita *catorce* epístolas de Pablo³. En las actas del Sínodo Romano y en el *Decreto del papa Dámaso*, aparece ya la *Carta a los Hebreos*, como libro aceptado plenamente en el año 382⁴. Los padres griegos posteriores, como Cirilo de Jerusalén, que murió en el año 386, cita también la *Epístola a los Hebreos*⁵. Agustín heredó el Canon de la Escritura como algo *recibido*. Abrazó la fe cristiana después de su conversión en el año 386, y cita la autoridad del Nuevo Testamento dentro de los libros inspirados entre la que incluye, como de Pablo, la *Epístola a los Hebreos*⁶. Es interesante que aunque la Epístola se atribuyó a Pablo, Agustín la reconoció como canónica, pero anónima, lo que abrió distintos posicionamientos en relación con la autoría. En el *Canon de la Sagrada Escritura*, formulado por el Concilio Cartaginense III, en el año 397, reconoce la epístola como un escrito inspirado y apostólico⁷. En el año 405, Inocencio I, en una carta al obispo de Tolosa, Exuperio, menciona un conjunto de catorce epístolas de Pablo, entre la que incluye la de *Hebreos*⁸. Más adelante, en el año 495, en una decretal del papa Gelasio I, vuelve a aparecer mencionada como libros que deben aceptarse, la epístola *ad Hebraeos*⁹. Una nueva referencia a la *Epístola a los Hebreos*, como libro canónico, procede del *Decreto pro Iacobitis*, en la bula *Cantate Domino*, del año 1442, establecido por el Concilio Florentino¹⁰. En el Concilio de Trento, en la definición dogmática sobre los libros sagrados, en la sesión cuarta, en el año 1546, se afirma la canonicidad de este escrito¹¹.

¹ F. F. Bruce. *El Canon de la Escritura*. Editorial Clie-Andamio. Terrassa. 1980, pág. 211.

² F. F. Bruce. o.c., pág. 213.

³ F. F. Bruce. o.c., pag. 227.

⁴ H. Dencinger- A. Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum*. Frigurgi-Barcinone, 1963. pág. 84.

⁵ F. F. Bruce. o.c., pag. 216.

⁶ Agustín. *Del aprendizaje cristiano*. 2.13.

⁷ H. Dencinger- A. Schönmetzer, o.c., pág. 92.

⁸ H. Dencinger- A. Schönmetzer, o.c., pág. 96.

⁹ H. Dencinger- A. Schönmetzer, o.c., pág. 162.

¹⁰ H. Dencinger- A. Schönmetzer, o.c., pág. 706.

¹¹ H. Dencinger- A. Schönmetzer, o.c., pág. 784.

Sin embargo, a pesar de esta manifestación histórica de aceptación, es uno de los escritos cuestionados, o por lo menos no aceptados absolutamente. Así en el *Fragmento Muratoriano*, sobre el año 180, no se menciona la Epístola. Sobre el año 210, el presbítero romano Cayo, no la conoce¹². Lo mismo ocurre con Cipriano, antes del año 258. Sorprende grandemente que Cayetano, interpretando a Jerónimo, enseñó que la carta *ad Hebraeos*, lo mismo que otras, eran de autor dudoso y, por tanto, de menor autoridad¹³. Posiblemente estas ausencias obedecen a que la Epístola tuvo mayor difusión en la iglesia oriental, haciéndose más conocida en occidente a partir del s IV, ya que en esa época se hace más fluida la comunicación entre las dos iglesias. Ese conocimiento del escrito en occidente, trajo como consecuencia la incorporación al Canon. La iglesia de oriente reconoció mucho antes el escrito como inspirado pasando desde ella, como escrito canónico a la iglesia occidental. La iglesia alejandrina nunca dudó de la inspiración de esta Epístola, que la consideró siempre como un escrito del apóstol Pablo.

Autor.

Tradicionalmente la epístola se atribuyó a Pablo, sosteniéndose como tal en la mayoría de los autores católicos. Sin embargo, la epístola no es anónima en el sentido de que los lectores desconozcan quien era su autor. No es probable que los destinatarios primeros que la hayan recibido ignorasen de quien procedía. El escritor pide que se ore por él para que pueda llegar a visitar a los destinatarios (13:19). El mismo autor habla de Timoteo como liberado de la prisión y expresa su esperanza de que con él vaya a visitarlos también (13:23). Es anónima para nosotros hoy, en el sentido de que el nombre del escritor no aparece indicado en el texto. Aunque la autoría paulina se mantuvo mayoritariamente, entre los antiguos Tertuliano dice que “*existe también un escrito intitulado a los Hebreos, escrito por Bernabé, hombre suficientemente autorizado por Dios*”¹⁴.

En apoyo del Apóstol Pablo, como autor de la carta hay muchos argumentos. El testimonio más antiguo aparece en el *papiro P16 (Codes Chester Beatty*, sobre el año 200. La opinión de la carta como de procedencia paulina tuvo que haberse formado anteriormente, por lo menos a mediados del s. II. Orígenes (185-254) escribe sobre la *Epístola*:

“*La índole estilística de la epístola que se titula a los Hebreos, no presenta aquella rudeza de palabra de quien se declara imperito en el decir (2*

¹² Eusebio. *Historia Ecclesiastica*. 6,20.

¹³ Miguel Nicolau. *Carta a los Hebreos*. pág. 3.

¹⁴ Tertuliano. *De Pudicitia*, 20.

Co. 11:6), es a saber, en la manera de decir; sino que aquella carta es muy griega en la composición de las palabras, lo cual concederá quienquiera que con pericia pueda juzgar de la diferencia de expresiones. Pero también todo el que haya leído atentamente los escritos apostólicos concederá que las ideas de la carta son admirables y que en nada ceden a ningún pensamiento de los libros apostólicos... Las ideas son ciertamente del Apóstol, la dicción y la composición son de otro, que quiso recordar lo del Apóstol, como quien escribe (σχολιογραφήσαντος) las palabras del Maestro. Por esto, si alguna iglesia tiene esta carta como de San Pablo, hay que felicitarla por ello; porque no sin causa nuestros mayores nos la entregaron como carta de Pablo. Pero quien la ha escrito, en verdad sólo Dios lo sabe”¹⁵.

La tradición de la Iglesia Católica Romana, insiste en la autoría como de Pablo, más que por razones técnicas, por cuestión de seguimiento a las definiciones de los papas y concilios. De este modo escribe el profesor de la Pontificia de Salamanca, Miguel Nicolau:

“Los protestantes de nuestros días, casi unánimemente, propenden a negar el origen paulino de la carta; J. Chr. K. von Hofmann lo ha defendido.

*La Pontificia Comisión Bíblica contesta (24 de junio 1915) que no hay que atribuir tanta fuerza a las dudas, si se tiene en cuenta -notemos cada una de las palabras siguientes- la **perpetua, unánime y constante** afirmación de los Padres orientales, a la que se agregó después del siglo IV el pleno consentimiento de toda la Iglesia occidental; y si se ponderan las actas de los Sumos Pontífices y de los sagrados concilios, sobre todo del Tridentino, y el uso perpetuo de la Iglesia universal. Teniendo todo esto presente –contestaba la Pontificia Comisión-, no es lícito dudar, no sólo de que se trata de una epístola canónica, lo cual es de fe, pero tampoco de que es una epístola genuina de San Pablo. Y, aunque podrá parecer que la Pontificia Comisión Bíblica hoy día no trata de imponer ordinariamente sus respuestas en las cuestiones de autor de los libros sagrados, ni esta cuestión es puramente accidental ni pertenece al depósito de la revelación; sin embargo, en este caso creemos que los argumentos críticos expuestos por la Pontificia Comisión en su respuesta conservan todavía plena fuerza en sí mismos”¹⁶.*

Con todo, escritores e investigadores católicos piensan actualmente de un modo diferente como escribe el profesor Lorenzo Turrado en la *Introducción a los Hebreos*:

¹⁵ Miguel Nicolau. o.c., pág. 4.

¹⁶ Miguel Nicolau. o.c., pág. 4.

“Por lo que respecta a los autores católicos, la actitud actual es la siguiente. Unánimemente se admite que la carta, no obstante las dudas de algunos escritores latinos antiguos, forma parte del canon de libros inspirados que la Iglesia ha recibido de los apóstoles. Sobre quién sea el autor de la carta, la respuesta es matizada por unos y por otros de muy diversa manera. Todos prácticamente sostienen, dado el contenido de la carta y la constante tradición de la iglesia oriental, que la carta está relacionada de algún modo al Apóstol; pero las diferencias empiezan al tratar de concretar más. Algunos, muy pocos (Heigl, Vitt, Léonard), dicen que Pablo es autor de esta carta en la misma forma que lo es de las otras trece; sin embargo, la inmensa mayoría de los autores católicos y hoy prácticamente la totalidad afirman que son tales las diferencias con las otras cartas, reflejadas, además, en la tradición, que necesariamente hay que admitir un redactor distinto de Pablo. Es decir, que se inclinan a la hipótesis de Orígenes: el fondo es de Pablo, pero la forma es de otro. Es lo que ya dejaba entrever la misma Pontificia Comisión Bíblica en su decreto del 24 de junio de 1914, al afirmar que el que Pablo sea autor de la carta no exige necesariamente que sea él quien le dio la forma que hoy presenta. Ordinariamente se ha concebido la composición de la carta como si el Apóstol, habiendo elaborado el plan en su conjunto, hubiese encargado la redacción a alguno de sus colaboradores, dando luego él al final su aprobación, una vez redactada. Sin embargo, últimamente la mayoría de los autores (Spicq, Bonsirven, Kuss, Wikenhauser) van más lejos y dice, con mucha razón, que ningún testimonio externo ni interno apoya esa reconstrucción puramente imaginativa de los hechos, dando todo la impresión de que se trata de un pensador original, no de un simple redactor que escribe por encargo y bajo la inspección de Pablo. Pablo sería autor, en cuanto que ese pensador que ha escrito la carta es discípulo espiritual suyo, que escribe en dependencia y como auténtica prolongación de la doctrina de su maestro”¹⁷.

Los principales argumentos que favorecen la paternidad paulina, son: 1) Cristología. La cristología de la carta es eminentemente paulina, presentando a Cristo como la imagen de Dios (He. 1:3), que coincide también con la enseñanza de Pablo en Colosenses presentando a Cristo como *“la imagen del Dios invisible”* (Col. 1:15). En Hebreos, Cristo es Creador de todo (He. 1:2), de la misma manera el apóstol Pablo afirma lo mismo en Colosenses (1:16). Sin duda esta verdad referente a Jesucristo aparece también en otros escritos que no son de Pablo (cf. Jn. 1:3). La carta a los Hebreos hace referencia a la obediencia de Cristo (He. 5:8), cuestión que trata también el apóstol en Filipenses (Fil. 2:8). 2) Neumatología. En Hebreos hay una referencia al testimonio del Espíritu en el respaldo del mensaje proclamado, y testificando con señales a quienes lo predicaban (He. 2:4); también Pablo hace referencia a ese mismo testimonio en

¹⁷ Lorenzo Turrado. *Epístolas Paulinas*. Editorial BAC. Madrid 1975.

su ministerio con palabras muy semejantes (Ro. 15:18-19). 3) La doctrina de la justificación por la fe. El elemento clave en la *Carta a los Hebreos* es la fe, como instrumento para la justificación, siendo Abraham ejemplo de esa fe (He. 11:8-10, 17-19). El argumento es típico de Pablo, que pone a Abraham como ejemplo de fe en otros escritos (Gá. 3:6-9; Ro. 4:1-3). La referencia a la profecía de Habacuc: “*Más el justo por su fe vivirá*” (Hab. 2:4), que aparece también en *Hebreos* (10:38), sólo la usa Pablo en dos epístolas suyas (Ro. 1:17; Gá. 3:11). 3) El adjetivo “*perfecto*”¹⁸ se usa en *Hebreos* (5:14), con el mismo sentido que lo hace Pablo en sus escritos (Fil. 3:15). 4) Israel. Es presentado como ejemplo para la conducta del creyente (He. 3:7-10:11), en el mismo sentido y forma que hace Pablo (1 Co. 10:1-11). 5) La despedida de *Hebreos* (He. 13:18-25) es prácticamente idéntica a otras despedidas de los escritos paulinos. En ella se solicitan oraciones (He. 13:18), como Pablo hace en otras cartas (cf. 1 Ts. 5:25; Ef. 6:19). Se hace una referencia a Dios llamándole “*Dios de paz*” (He. 13:20), coincidente también con el título que Pablo le da en la despedida de la *Carta a los Romanos* (Ro. 15:33; 16:20), y en la despedida de la segunda carta a los Corintios (2 Co. 13:11). La referencia Timoteo (13:23), cabe más bien en Pablo, de quien era directo colaborador que en cualquier otro escritor. Se hace alusión a una posible prisión del autor, que pide oraciones que serles restituído pronto a los lectores (He. 13:19), coincidente con las palabras de Pablo en la carta a los Filipenses (Fil. 1:19). La fórmula de la despedida final (He. 13:25), es semejante a la que el apóstol Pablo utiliza para la conclusión de sus epístolas. Sin embargo, una conclusión semejante aparece en el Apocalipsis de Juan (Ap. 22:21).

Hay una crítica sólidamente establecida sobre la autoría de Pablo, cuyos argumentos más destacados son: 1) Ausencia del nombre de Pablo tanto en el exordio como en la salutación, cosa muy improbable y que sería única en la correspondencia paulina. Con todo, se argumenta en contra de esta oposición que el escrito está dirigido a hebreos y que Pablo era una persona no grata para muchos hebreos, contrastando con el escritor que es conocido y apreciado de los destinatarios. 2) El autor se sitúa fuera del círculo apostólico, haciendo referencia a los apóstoles en tercera persona (He. 2:3); mientras que Pablo afirma que la doctrina no la recibió de hombres, sino directamente del Señor (Gá. 1:11-12; 1 Co. 11:23). 3) El estilo idiomático y la perfección en el uso de la lengua griega, unida a la elegancia del estilo, no corresponden al modo habitual de los escritos de Pablo, que usa un lenguaje rudo, propio de un hebreo que se expresa en griego. El autor es un verdadero helenista que utiliza extraordinariamente bien el idioma, alcanzando los niveles propios del griego clásico. Pablo *habla* en sus cartas, mientras que el escritor a los Hebreos, *escribe*. El erudito Godet, citado por Everett Harrison, dice que “*sería raro que*

¹⁸ En griego τέλειος.

Pablo hubiese escrito en un griego pulido a los hebreos, en tanto que durante toda su vida había estado escribiendo a los griegos en un estilo profuso en toscos y bárbaros hebraísmos"¹⁹. El curso de las ideas y la sonoridad de la lengua no suelen encontrarse en ningún escrito de Pablo. Estos pasan rápidamente de un tema a otro e introducen la exhortación en medio de exposiciones doctrinales, cosa que no ocurre en la construcción de la *Carta a los Hebreos*, que es una proposición ordenada del pensamiento, dominando la retórica propia de la época. El autor utiliza largos períodos de muy alta elegancia idiomática (p. ej. 1:3-4). No hay anacolutos²⁰, habituales en los escritos de Pablo. La Epístola tiene un lenguaje propio de los helenistas eruditos, con términos propios del lenguaje filosófico y de la literatura contemporánea. Los períodos del escrito son generalmente breves y las oraciones subordinadas, siguen casi siempre a la oración principal. El problema quedaría resuelto si se trata de un escritor hebreo que fuese profundo conocedor de la lengua griega. 2) Palabras distintas a las utilizadas por Pablo. En el escrito aparecen no menos de ciento veinticuatro palabras que no se leen en ningún escrito del apóstol. Otras ciento sesenta y ocho no aparecen en todo el Nuevo Testamento. Sin embargo, no debe olvidarse que en la *Epístola a los Romanos* aparecen ciento trece *hápax legómena*, y que muchas otras palabras se utilizan en *Hebreos*, con el significado típico de uso que les da Pablo. 3). La LXX. En contra de la autoría de Pablo, se hace notar que el texto bíblico para las referencias al Antiguo Testamento está tomado íntegramente de la LXX. Resulta extraño la utilización de la versión griega en un escrito dirigido a hebreos. El argumento es discutible porque la versión griega era de uso extendido entre personas de origen judío, ya que el griego era usado por los hebreos tanto o más que el mismo hebreo y arameo. 4) Referencias a Jesucristo. No cuadran con el patrón paulino. Hay muchos calificativos que sólo aparecen en esta carta. *Cristo Jesús*, designación favorita de Pablo está ausente en la Epístola. 5) Diferencias doctrinales del escrito. Es un argumento procedente del mundo liberal, que pretende encontrar diferencias doctrinales entre esta epístola y otros escritos de Pablo. Este argumento no es aceptable por la perfecta concordancia entre *Hebreos* y la doctrina ensañada por Pablo, incluyendo la semejanza entre los escritos del apóstol y las exhortaciones de *Hebreos*.

En tiempos de la Reforma se hicieron estudios textuales sobre la epístola a los Hebreos. La mayoría de los eruditos reformadores proponen dudas serias sobre la autoría de Pablo. Muchos de ellos proponen otros autores. Juan Calvino escribe:

¹⁹ Everett Harrison. *Introducción al Nuevo Testamento*. Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Reformada. Grand Rapids, 1980, pág. 375.

²⁰ Anacoluto es un solecismo que consiste en la falta de ilación en la construcción de una frase, oración o cláusula, o en el sentido general de la elocución.

“Ciertamente no puedo aducir ninguna razón para demostrar que Pablo sea su autor; pues los que afirman que el Apóstol intencionalmente suprimió su nombre por ser odioso a los judíos, no llegan a conclusión alguna. Siendo este el caso, ¿por qué entonces menciona Pablo el nombre de Timoteo en sus demás epístolas? ¿No sería esto una traición a sí mismo? Por otra parte, el método de enseñanza y el estilo, demuestran lo deficiente que Pablo no fue el autor; y el propio escritor, en el capítulo segundo, confiesa que fue un discípulo de los apóstoles, lo cual es diametralmente opuesto a lo que Pablo afirma de sí mismo. Además, lo que se dice en el capítulo sexto respecto a la costumbre de catequizar, no encuadra muy bien con la época o edad de Pablo”²¹.

En relación con la elegancia idiomática, algunos sostienen que la carta fue escrita por Pablo en hebreo y que Lucas la tradujo luego al griego. Tal era la posición, entre otros de Clemente de Alejandría²². Orígenes que era conocedor tanto del griego como del hebreo se dio cuenta que difícilmente podía ser de ese modo. Así opinaba también Calvino:

“La excusa que generalmente se da respecto al estilo, la conozco muy bien, pero de ahí no se puede formar opinión alguna en cuanto a que el griego sea una traducción hecha del hebreo por Lucas u otro discípulo. Tal conjetura podrá refutarse fácilmente, ya que el pasar por alto otros pasajes de las Escrituras, apoyados en la sola suposición de que la Epístola haya sido escrita en hebreo, no sería lógico, porque en tal caso no haría alusión frecuente, como lo hace, a la palabra testamento. Lo que dice el autor acerca de un testamento en el capítulo noveno, no puede haberlo sacado de otra fuente más que de la palabra griega diatheke, la cual tiene dos significados: mientras que berith, en hebreo, quiere decir pacto, solamente. Esta única razón sería bastante para convencer hombres sensatos de que la Epístola fue escrita en griego. Empero, lo que por otra parte se objeta, es la posibilidad de que el Apóstol escribiese a los judíos en su propia lengua, argumento muy débil: pues, cuán pocos eran entonces los judíos que entendía su propia lengua. Cada uno había aprendido el idioma del país donde habitaba. Además, el griego era entonces la lengua más ampliamente conocida”²³.

Ante la imposibilidad de determinar con precisión quien fue el autor, y ante las dudas razonables de la paternidad paulina, se propusieron otros autores basándose en algunas premisas que se deducen del escrito y que definen las características del autor, pudiendo establecerse entre otras las siguientes: 1) El

²¹ Juan Calvino. *Epístola a los Hebreos*. Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Cristiana Reformada. Grand Rapids, 1977. pág. 25s.

²² Citado por Eusebio en *Historia Eclesiástica*. VI. 14.2.

²³ Juan Calvino. o.c., pág. 26.

autor fue un cristiano de segunda generación, esto es, la siguiente a la de los apóstoles y primeros cristianos. 2) Era un profundo conocedor de la LXX, a la que cita continuamente y de cuyas citas hace una profunda exégesis. 3) Estaba vinculado con el mundo hebreo y, posiblemente, con el sistema sacerdotal, como evidencia el conocimiento que tiene del mismo y de los sacrificios. 4) Pudo haber nacido e incluso haber escrito la Epístola antes de la destrucción de Jerusalén, pareciendo que el templo estaba en pleno funcionamiento y que el sistema mosaico estaba siendo practicado. 5) Tenía un profundo conocimiento del idioma griego y era un maestro en la retórica, totalmente diferente a Pablo, por lo que podría definirse muy bien como un “*varón elocuente, poderoso en las Escrituras*” (Hch. 18:24). 6) Debía ser un helenista como los citados en Hechos (Hch. 6:1; 11:19ss).

A la vista de las particularidades propias para el autor, se han ido dando nombres que *podieran* haber sido escritores de la Epístola. Lutero propuso a Apolos, que era “*varón elocuente y poderoso en las Escrituras*” (Hch. 18:24). Podía manejar bien el Antiguo Testamento y estuvo relacionado con Pablo y con los que estaban familiarizados con sus enseñanzas (Hch. 18:26; 1 Co. 16:12; Tit. 3:13). Apolos era un judío de Alejandría, una de las ciudades exponentes de la cultura y la erudición (Hch. 18:24). Esto favorecería el uso que el escritor hace de la LXX. Conocía a Pablo y entre ellos había una cierta colaboración en la obra (1 Co. 3:6). Era un creyente conocido y destacado en la iglesia de los tiempos apostólicos, de modo que su nombre fue usado por uno de los grupos de divisiones que había en la iglesia en Corinto (1 Co. 3:4). Las características alejandrinas de expresión e incluso de pensamiento favorecen ampliamente la posición de la paternidad del escrito como de Apolos.

Hay otros que podrían cumplir los requisitos generales del autor. Entre ellos estaría Bernabé, sugerido por Tertuliano (a. 240), que como levita (Hch. 4:36) era un profundo conocedor del sistema del templo y de los sacrificios establecidos en la Ley. Este era natural de Chipre, por tanto, procedente del mundo heleno. Entre los cristianos, especialmente los de la iglesia en Jerusalén, se le conocía como “*hijo de consolación*”, de donde pudiese venir la razón de la Epístola, como palabras de consolación (He. 13:22). Entre los testimonios más antiguos que atribuyen la autoría a Bernabé, están Tertuliano y Gregorio de Elvira

Otra propuesta sería la de Lucas, como autor de la carta. Tal era el pensamiento de Orígenes (a. 251). Como ya se dijo antes, para este hombre de la iglesia antigua, el pensamiento de la carta es de Pablo, pero la mano que la escribió era de otro. Lucas fue compañero de Pablo hasta su muerte y, tuvo que haber oído sus enseñanzas en numerosas ocasiones, recibéndolas también de modo personal por su relación con el apóstol, como todos sus colaboradores.

Era, sin duda, un hombre erudito y conocedor de la lengua griega. Tal vez el único gentil entre los escritores del Nuevo Testamento. Sin embargo, la comparación de sus escritos y la Epístola, presentan notables diferencias, tanto de lenguaje como de estilo.

En tiempos más próximos, Harnack, propuso como autores de la Epístola a Aquila y Priscila, teniendo en cuenta especialmente el uso del plural *nosotros* en relación con el escritor. Los dos, posiblemente incluso más Priscila, eran maestros en la Palabra, como lo demuestra la instrucción que ambos dieron a Apolos (Hch. 18:26). El matrimonio estaba muy vinculado con Timoteo, quien, como ellos, estaba en compañía de Pablo en Corinto y en Éfeso (Hch. 18:5; 19:22; 1 Co. 16:10, 19). Algunos piensan que el hecho de que no aparezca el nombre del autor, podría ser una prueba que favoreciera la autoría de Aquila y Priscila, a causa de un cierto antifeminismo que se estaba presente en la sociedad de entonces y que, empezaba a introducirse en la misma iglesia, apreciándose incluso en la atenuación de la parte prominente que Priscila juega en Hechos²⁴.

Luego de examinar estas propuestas como las más consecuentes con las características del escritor, sin que se pueda sustentar con argumentos razonables sobre las restantes de modo que permita seleccionar una de ellas, debe llegarse a la conclusión de que el Autor divino es Dios, el Espíritu Santo, que guardó celosamente el nombre del escritor humano. Concluyendo este apartado con la frase de Orígenes, mencionada antes: “*Pero en cuanto a quien escribió realmente la epístola, sólo Dios sabe la verdad de esa cuestión*”.

Destinatarios.

Si prácticamente imposible es determinar el autor, lo mismo ocurre con los destinatarios. La epístola era conocida a finales del s. I. Clemente de Roma la conocía sobre el año 96. Sin embargo, el escrito no se conocía con el título actual de *Epístola a los Hebreos*, que comenzó a usarse desde el último cuarto del s. II. El título Πρὸς Ἑβραίους,²⁵ aparece por primera vez en la copia de la epístola en la página 21r de P⁴⁶. Pero, aunque Eusebio no menciona el título se refiere a ella como escrita *para hebreos*. Como ocurre en otros libros de la Biblia, el título puede haber surgido como una expresión identificativa necesaria para el escrito y no como una designación original.

²⁴ F. F. Bruce. o.c., pág. 41. Para el texto occidental de Hechos, ver NICNT, pág. 380, núm. 50.

²⁵ A Hebreos.

La iglesia del s. II, sostuvo que los destinatarios era judeo-cristianos. Tal consideración se basa en las continuas alusiones que el autor hace a pasajes del Antiguo Testamento y del trasfondo ceremonial judío que envuelve la Epístola. Pero, este no es un argumento suficientemente firme como para afirmar que los destinatarios eran de raigambre hebrea., puesto que la enseñanza que se sustentaba en escritos bíblicos, tenían que ser necesariamente los del Antiguo Testamento puesto que los del Nuevo estaban en proceso de escritura y apenas circulaban en los primeros años, incorporándose progresivamente. Algunos sugieren que el conocimiento que el autor tenía sobre el sistema levítico lo pudo haber adquirido por la lectura del libro de Levítico y no tanto por los conocimientos directos de funcionamiento del templo en Jerusalén y de su sistema sacerdotal.

Ahora bien, los destinatarios tenían que conocer bien el Antiguo Testamento, por la gran cantidad de referencias que se hace al mismo en la Epístola. Además debían conocer también todo lo relativo al culto mosaico (p. ej. 9:1-10). Algunos aprecian también un modo argumental en el escrito semejante al que utilizaban los rabinos judíos, como ocurre, por ejemplo, en 4:3-10 y 7:4-10.

Si eran hebreos, como parece conducir la evidencia interna de la Epístola, podrían estar en cualquier iglesia con notable presencia judeo-cristiana. Pero, esa iglesia tenía que ser alguna de las que recibieron el evangelio de alguno de los apóstoles que estuvieron con el Señor (2:3), pudiendo usarse esto también con un argumento más en contra de la autoría paulina. Es evidente también que se trataba de una iglesia con algunos años de existencia (5:12). Algunos de los primeros líderes ya habían pasado a la presencia del Señor (13:7). También los creyentes, a lo largo de los años de existencia de la iglesia, habían pasado por persecuciones a causa de su fe, y algunos habían muerto a causa del testimonio del evangelio (10:32-34; 12:4).

No cabe duda que estaban atravesando por un momento difícil, hasta el extremo de suponer el peligro, por lo menos para algunos, de un retroceso en cuanto a la fe (2:1). Es posible que estuviesen dudando en abandonar la posición netamente cristiana para inclinarse hacia el judaísmo, cuando menos a algunas de las posiciones más afines al cristianismo, como podían ser los judaizantes. ¿Se trata de algún grupo de cristianos de origen hebreo que se mantuvieron separados de los cristianos gentiles? Pudiera ser, aunque esto, sería difícil de entender en una iglesia en donde habían desaparecido toda distinción racial (Gá. 3:28; Ef. 2:14-16). Algunos consideran que la Epístola está dirigida especialmente a los sacerdotes que abrazaron la fe cristiana, recibiendo a Jesús como el Mesías, el Cristo de Dios (Hch. 6:7). No cabe duda que los sacerdotes convertidos a Cristo, tendría mucho interés en los argumentos basados en el

ritual sacerdotal. Por razones semejantes, se ha pretendido vincular a estos destinatarios con los judíos de Qumrán, una de cuyas bases se sustenta en la referencia a los lavamientos ceremoniales, a los que eran muy proclives (9:10; 10:22). En las cuevas del Mar Muerto, donde aparecieron los documentos de Qumrán, hay porciones del Evangelio según Marcos, lo que hace suponer que aquellos estaban interesados, o incluso conocían bien la vida de Jesús y su obra redentora. Un rasgo característico de los esenios era la atención que prestaban a las purificaciones cuando practicaban el culto y los sacrificios, según refiere Josefo²⁶.

La cuestión de los destinatarios queda en meras hipótesis más o menos sustentadas por las evidencias internas, debiendo tenerse en cuenta que muchos de los lectores tenían relación y hermanos suyos en Italia, como pone de manifiesto los saludos finales del escrito (13:24).

Razones del escrito.

El propio autor dice que es una “*palabra de exhortación*” (13:22). Por tanto, el interés que le mueve a escribir la Epístola está en animar y hacer reflexionar a los lectores, con una problemática específica. Eran creyentes (3:1). El escrito está dirigido a verdaderos cristianos, aunque aparentemente hay algunos pasajes que pudieran entenderse como dirigidos a inconversos, pero realmente no es así, como se verá en la exégesis. La epístola debe estudiarse desde la posición de un escrito destinado íntegramente a creyentes. Sin duda habría, como en toda la iglesia, algunos que se congregasen con los cristianos pero que fuesen meros profesantes.

En segundo lugar, el escrito tiene el propósito de *alentar*. Los destinatarios estaban pasando por un tiempo de persecución (10:32.34; 12:4). Es posible que esta persecución procediese de otros judíos. No importa tanto de donde provenía, pero, el hecho en sí es que la persecución ocurría a causa de su fe, es decir, eran perseguidos por ser cristianos, a diferencia de quienes eran judíos, cuya religión estaba permitida y admitida en el imperio. El escritor desea hacerles reflexionar sobre los aspectos de la persecución por Cristo y animarles a perseverar en el seguimiento fiel del Señor, aun en medio de la más intensa persecución.

En tercer lugar, el escritor desea advertir. Algunos lectores estaban en peligro en cuanto a la fe: de incredulidad (3:12) y de desconocimiento de la Palabra (5:11-6:3), habiendo abandonado el estudio de la Biblia en profundidad. Por esta causa se habían debilitado y vuelto a una notoria inmadurez espiritual.

²⁶ Josefo. *Antigüedades*. XVIII.19.

Entre ellos había una cierta inestabilidad doctrinal, como consecuencia del alejamiento de la Palabra y de la superficialidad de su estudio. Las diversas doctrinas y formas ajenas a la correcta interpretación de la Palabra, les estaba afectando y desorientándolos (13:9). Aquellos manifestaban apatía espiritual, de modo que se habían hecho negligentes en la asistencia a las reuniones de la iglesia (10:25); poco practicantes de la oración (12:12); y poco persistentes en mantenerse en el compromiso cristiano (2:1). Tal era la situación que algunos estaban dispuestos a abandonar el cristianismo y regresar a un judaísmo reformado. Esto estaba generando inquietud en el resto de los creyentes que permanecían en la fe y en el compromiso, sobre la posibilidad de que aquellos que dejaran la fe cristiana, pudieran perder la salvación (6:4-6). En vista de esta situación el escritor establece cinco advertencias solemnes: 1) La primera sobre el descuido de la salvación (2:1-4). 2) La segunda sobre el peligro de la incredulidad (3:7-4:13). 3) Otra advertencia está relacionada con el abandono de la fe (5:11-6:20). 4) La cuarta en relación al juicio a causa del pecado voluntario (10:26-29). 5) En quinto lugar la exhortación o advertencia solemne está orientada a las consecuencias que produce una vida de impiedad (12:15-19).

Fecha y lugar de composición.

La datación de la Epístola es también difícil de precisar. De ahí que se hayan sugerido fechas desde el año 60 al 90. Se puede considerar como probable que el escrito haya tenido lugar antes del año 70, en que ocurrió la destrucción del templo de Jerusalén por los ejércitos de Tito, ya que el autor habla del ritual ceremonial y de las prácticas propias del ejercicio sacerdotal en el santuario, como si estuviese ocurriendo en aquellos días (9:6; 10:11; etc.). La referencia a las persecuciones, pudiera tratarse de la desencadenada en Jerusalén contra los judíos conversos (Hch. 11:19; 12:1). La referencia a la Epístola por parte de Clemente de Roma, obliga a datarla antes del año 96. Hay una referencia a la libertad de Timoteo (13:23). Posiblemente el servicio prestado por Timoteo a Pablo en el final del tiempo de su encarcelamiento en Roma, antes de ser ejecutado, pudiera haber supuesto la prisión de Timoteo. Si el escritor dice que estaba libre tendría que situarse en un tiempo cercano a la muerte del apóstol, ya que tanto Pablo como Pedro murieron entre los años 67-69. Por tanto, la fecha de datación podría situarse en los años sesenta de nuestra era. Tal vez en el 67 o 68.

El lugar de redacción solo puede establecerse a modo de hipótesis, que descansa en indicios internos de la propia Epístola. El autor promete a los lectores una visita suya en compañía de Timoteo (13:23), a la vez que envía saludos para todos los lectores de sus compatriotas que estaban en Italia (13:24). Las dos referencias podrían situar el lugar de redacción en alguna ciudad de Italia, más probablemente en Roma. Esto tampoco es definitivo, puesto los

saludos de los judíos de Italia, pudieran ser de algunos que residieran habitualmente en Italia y que estuviesen en el lugar donde se redactó la Epístola que pudiera ser fuera de ella. El autor podría estar esperando la visita de Timoteo para iniciar un viaje que le permitiera encontrarse con los destinatarios de la Epístola. De este modo, tanto el autor, como la fecha, como el lugar de redacción son las grandes incógnitas de la Epístola.

Tema.

Al definir el autor el carácter del escrito como una “*palabra de exhortación*” (13:22), da a entender que no se trata de una carta en el sentido estricto de la palabra. Más bien es una homilía escrita, un sermón con destinatarios concretos.

El tema fundamental de este mensaje es *la superioridad de Cristo*. Las palabras claves del escrito son *mejor, perfecto y celestial*, que aparecen con mucha frecuencia. La Epístola demuestra la superioridad de Cristo en todos los órdenes, tanto en su propia Persona, como en su sacerdocio. El Dr. Charles Ryrie hace observar algunos de los pasajes destacables de la Epístola: Una salvación grande (2:3); la palabra viva de Dios (4:12); el trono de la gracia (4:16); la intercesión de Cristo (7:25); la definición descriptiva de la fe (11:1); la galería de los héroes de la fe (11:4-40); la carrera cristiana (12:1-2); la gran bendición (13:20-21).

Relación de la Epístola con el Antiguo y Nuevo Testamento.

En relación con el Antiguo Testamento se aprecia la gran cantidad de veces que es citado a lo largo del escrito, todas ellas como se leen en la versión LXX. Deben distinguirse dos revisiones críticas de esa versión, la del Códice A (Alejandrino) y la del Códice B (Vaticano). Dos terceras partes, aproximadamente, corresponden al Códice Alejandrino y el resto, una tercera parte, al Vaticano. La inferencia es que el autor utilizó un texto griego más antiguo que las dos versiones citadas. Los pasajes utilizados son tratados por el autor como Palabra de Dios. De ese modo son consideradas explícitamente algunas citas tomadas de los Salmos (p. ej. 1:7, del Salmo 110:4); y de igual modo citas tomadas del Pentateuco (p. ej. 1:6, de Deuteronomio 32:43). Algunas otras citas se asignan como procedentes del Espíritu Santo (p. ej. 3:7, tomada del Salmo 95:7s). En otros lugares se aplican palabras de los Salmos al Mesías (p. ej. 10:5-7, procedentes del Salmo (40:6-8). Personajes del Antiguo Testamento son considerados como tipos de Cristo y sombras de las realidades presentes. Tal es el caso de Melquisedec, como tipo de Cristo, “*hecho semejante al Hijo de Dios*” (7:3). Gran parte del argumento de la epístola se sustenta en referencias tomadas de los Salmos.